

La Vida Práctica

Jaime Varona y Olarte



VALLANOLIA
Imprenta Castellana

Duque de la Victoria, 21

1910



DG

A

LA VIDA PRÁCTICA

t. 172165

C. 1223389



La Vida Práctica

POR

Jaime Varona y Olarte



VALLADOLID
Imprenta Castellana

Duque de la Victoria, 31

1915

Es propiedad del autor.



12.137467

De muchas satisfacciones que nos salen al encuentro nos alejamos y nosotros mismos nos buscamos gran parte de las penas que nos aquejan, ó, en otros términos: que no disfrutamos del grado de felicidad que las circunstancias en que estamos colocados nos brindan. Es que el hombre se mueve á impulsos de resortes variadísimos, opuestos muchas veces. Seguirle, además de útil, es muy entretenido. A ello ha dedicado algunos ratos el autor de este libro. Observar á los demás y mirarse á sí propio ha constituido una de sus aficiones favoritas. Y lo que, con sus escasas dotes de pensador, ha podido sacar en limpio, ordenado del mejor modo posible, lo ofrece á continuación á los lectores.

LA VIDA PRÁCTICA

La Vida práctica es la ciencia que enseña á conseguir el mayor grado posible de felicidad dentro de las especiales circunstancias en que cada uno se encuentre colocado.

FELICIDAD

Entendemos por felicidad el reposo sobre la satisfacción de las necesidades y de los legítimos deseos.

En la conciencia de todos está que no es feliz aquel que tiene mucho, si ambiciona algo más, sino el que cuenta, en todos los órdenes de la vida, con todo lo que apetece, el que está contento con su suerte. Por envidiable que sea la existencia de uno, por mucho que la fortuna sonría al otro, ninguno de los dos serán felices si

aspiran á más. El ir realizando cuanto se ansía no da la felicidad mientras no llene el corazón de tal modo que le cierre á nuevas ambiciones.

Dos son los elementos constitutivos de la felicidad, por consiguiente. El uno la posesión de lo que la naturaleza del hombre necesita y su ordenada voluntad quiere y el otro la quietud, el descanso, el reposo sobre esta posesión, de modo que quede saciado el apetito.

NECESIDADES Y DESEOS

Necesidad es una inquietud interior, siempre molesta y á veces dolorosa, producida en nosotros, independientemente de nuestra voluntad, por causas internas ó por la impresión de ciertos objetos exteriores, que nos impele á apetecer lo que nos puede sacar de ella y á aborrecer cuanto la promueve.

Deseo es la excitación vehemente del

apetito, producida por la consideración de un bien futuro.

Bien es todo lo que se realiza en un ser conforme con su naturaleza y que, por consiguiente, debe ser querido por el agente.

Mal es lo contrario ó repugnante á su naturaleza y que, por ello, debe evitarse.

De modo que la satisfacción de los deseos se reduce, en último término, como la de las necesidades á la consecución de un bien, porque ni el apetito sensitivo puede dirigirse más que hacia el bien, ni el apetito racional ó voluntad puede apetecer otra cosa.

Al desear, todos van tras el bien; lo que ocurre es que, según la posición que elijamos, le veremos por una ú otra de sus caras, apareciendo ante nosotros bajo un aspecto diferente. Desde el determinado punto de vista que adoptemos veremos una de las diversas formas con que el bien aparece y, en seguida, nos inclinaremos hacia él por medio de nuestros deseos, de tal suerte que vengan á ser éstos los ge-

neradores de nuestras más características cualidades. Desde aquí se ven mejor que desde ningún otro lado las satisfacciones que el bienestar físico proporciona, destacándose y apareciendo mayor del que es en realidad el relieve que las da un extremado refinamiento en el confort; es el puesto del sibarita, en que se siente atraído por la clase de bien que con tales atavíos se presenta. Desde allá, donde se ha colocado el sobrio, se oculta todo esto. Desde este sitio se dominan los goces intelectuales en todo su esplendor; en él está el hombre culto, ladeándose hacia ellos. Desde el otro no se ve nada de esto; allí es donde el salvaje se ha refugiado. Desde aquella altura se abarcan, en toda su extensión, los placeres morales, se percibe, en toda su intensidad, lo que llena al alma socorrer al pobre desvalido, agitándose tanto, ante nuestros ojos, el bien que en ello se encuentra que, ocultándose tras él, desaparecen las propias comodidades desapercibidas ú olvidadas; á ella ha subido

el abnegado. Desde la otra hondonada tan reducida sólo se ve el bienestar corporal, en los estrechos límites del propio exclusivismo; es á la que el egoísta ha descendido. El sibarita, el sobrio, el culto, el salvaje, el abnegado, el egoísta, todos se dirigen á los diversos puntos en que les ha parecido vislumbrar un bien, desde la posición en que cada uno de ellos se ha colocado.

Véase otra prueba clara de que el bien á que los deseos se refieren aparece ante nosotros de modo diferente según el punto de vista en que nos encontremos. Desea el niño hacerse adolescente, éste hacerse hombre, el estudiante terminar su carrera, el que ya la tiene conseguir, en ella, una ú otra colocación, el que no la tiene este ó aquel empleo, el más ambicioso llegar á un alto cargo y raro es quien no desea, con verdadero empeño, algo de que carece y se promete de ello una satisfacción, que, al obtenerla, ve que no le llena, ni mucho menos, lo que había presumido.

O lo que es lo mismo; que el bien en que esa satisfacción consiste no aparece idéntico, no se presenta igual á nuestra vista cuando, teniéndole ya en nuestra mano le vemos conseguido, que, cuando le mirábam^{os} desde lejos, distanciados de él por esos años que han transcurrido.

Así son los deseos. Ilusorios, convencionales, creados al antojo por nosotros y susceptibles de ser modificados y hasta extinguidos por nuestra voluntad, fuerza bastante poderosa para oponerse y vencer todas las inclinaciones que, aunque dimanen de algún bien particular, relativo, imperfecto, que es bien bajo este aspecto, por este lado, pero con alguna mezcla de mal por aquel otro, no procedan del bien universal, absoluto, único por el que es atraída necesariamente la voluntad y ante el que, perdiendo su libertad de acción, se declara vencida.

SATISFACCIONES

Al hablar de satisfacciones tomamos esta palabra en su acepción general, comprendiendo en ella las que se refieren lo mismo á las necesidades que á los deseos, consistiendo, en último término, la satisfacción en la consecución de un bien, como hemos visto. Y, como lo opuesto al bien es el mal, la fuga ó alejamiento de éste viene á constituir un bien, proporcionando la satisfacción consiguiente. Así, al evitarnos un mal, que, en forma de dolor, violencia, desengaño, contrariedad y otras mil en que se nos pueda presentar nos amenace, conseguiremos el bien opuesto, con la satisfacción que constituye librar-nos de aquél.

Comprenden, en una palabra, las satisfacciones la consecución de un bien ó la fuga de un mal y á ello se reducen, en último término, todas las de la vida.

REPOSO

Hemos visto, también, que la satisfacción que necesita la felicidad, como uno de sus elementos, ha de ser total, comprensiva de todas las necesidades y deseos, porque sólo así puede proporcionar ese otro elemento, no menos preciso, el reposo, imposible de alcanzar mientras no quede saciado el apetito.

Es decir: que hay que alcanzar todo lo apetecido ó, de otro modo, no apetecer lo que no haya de conseguirse. Para ello, en cuanto á los bienes á que las necesidades se refieren, no hay otro camino que encontrar el medio lícito de alcanzarlos, ya que del apetito á que da lugar la necesidad no podamos excusarnos. Todo el que tiene hambre ó sed, apetece, necesariamente, el alimento ó la bebida, sin que dependa de su voluntad rehusar este apetito. Podrá rehusar la comida ó la bebida; pero el apetito no,

Los deseos pueden modificarse y extinguirse, porque, aunque son siempre producto de la consideración de un bien, dependen de nuestro modo de mirar las cosas. Suprimamos, pues, todos aquellos que no podamos ó debamos satisfacer.

Porque la extinción de estos deseos unida á la satisfacción de los demás y de todas nuestras necesidades, el olvido de lo imposible sobre la consecución de las aspiraciones realizables no es otra cosa que la conformidad con nuestra suerte, que este reposo, que la felicidad requiere como uno de sus dos elementos esenciales.

EQUILIBRIO DE LAS SATISFACCIONES

De la misma naturaleza humana se infiere la proporción con que debemos buscar las diversas clases de satisfacciones.

Así como en el hombre bien organizado se combinan, perfectamente, los elementos físico, intelectual y moral, sin destruirse uno á otro, del mismo modo, al

dirigirnos á la adquisición de las satisfacciones de estos tres órdenes, es preciso hacerlo cuidando de guardar, en el empleo de los medios que hayamos de dedicar á cada uno de ellos, la debida armonía. El olvido de la parte física acabaría con la salud, que, en el orden físico, constituye el mayor bien y es condición precisa para el disfrute de todas las demás satisfacciones y un cuerpo vigoroso ofrece, indudablemente, base más á propósito para procurarse una instrucción adecuada, con la suma de goces intelectuales á ella anejos, que un organismo endeble, circunstancias más favorables para saborear los goces morales que puedan conseguirse y una energía, para la observancia de estas leyes de que dimanán gran parte de ellos, que, en identidad de condiciones éticas, no sería tan fácil encontrar en una enfermiza constitución. La supresión de los goces intelectuales, sobre la necesidad que la voluntaria privación de ellos representaría, nos llevaría al salvajismo y la de

los morales á la relajación de costumbres más repugnante.

Y la excesiva preponderancia de cualquiera de estos tres elementos, aun la del moral, es también desastrosa. Esa temible irreflexión, unida á una bondad mal entendida, que, casi siempre, viene á ser la resultante de falta de energía, es el medio ambiente más propicio para la formación de esas personas, víctimas de su desordenada predilección por las satisfacciones morales, verdaderos enigmas vivientes, que no pueden oír una lástima sin dar lo que tienen y lo que no al primero que se la lora, pero que son capaces, llevados de su insensata prodigalidad, de condenarse y condenar á toda su familia á la miseria.

La falta de equilibrio en el empleo de los medios disponibles para la consecución de las satisfacciones de cada uno de los diversos órdenes tiene la culpa.

EL HOMBRE PRÁCTICO

La acertada aplicación de los medios á las satisfacciones de la vida es lo que caracteriza al hombre práctico.

Estas satisfacciones comprenden los tres elementos que le integran. No es hombre práctico quien no dirige los recursos con que cuenta á su bienestar físico. Deja de serlo el que no sabe aprovecharlos para proporcionarse los goces intelectuales que estén á su alcance. Y falta, igualmente, el sentido práctico á quien, con medios para conseguirlas, se priva de esas satisfacciones morales que dan al alma tanta felicidad.

Ese don especial, que al privilegiado que lo posee traza de una manera clara el camino que le conviene seguir, sirviéndole como de faro luminoso en las intrincadas oscuridades á que le llevan los con-

fusos acontecimientos de su existencia; eso que en los contratos, que constituyen otras tantas acciones de la lucha por la vida, le dice hasta dónde debe llegar, en cada caso, cuándo debe retirarse sin ir al combate y cuándo debe detenerse en su conquista, por ser mayor que la satisfacción que ésta pueda darle la que han de producirle las constantes muestras de aprecio, traducidas en cuotidianas atenciones de un convenio con quien las circunstancias le precisan á cierta intimidad; eso que da la suficiente previsión para anticiparse á una catástrofe, evitándola, cuando es evitable y, cuando no lo es, toda la impasibilidad necesaria para defenderse de sus efectos morales, sustrayéndose al abatimiento y consiguiendo que no decaiga el estado de ánimo, ya que de los resultados del orden económico no pueda librarse; eso que le hace generoso para invertir en el bienestar propio y de los suyos todo cuanto con arreglo á su fortuna y aspiraciones pueda y sea pre-

ciso, deteniéndose en el justo límite donde la prudencia le aconseja y sus deberes de familia y caridad le mandan, procurándose, al mismo tiempo, los sublimes goces que el amor satisfecho y las bendiciones del desamparado, dadas en lágrimas de gratitud, llevan al alma; eso que, en una palabra, da la medida exacta de cada una de las satisfacciones de la vida y manifiesta la proporción en que han de aplicarse á ellas los medios disponibles, siendo como el fiel contraste de cada grado de felicidad, eso es el genio del hombre práctico.

LA VIDA PRÁCTICA Y LA LEY MORAL

La Vida práctica y la ley moral están de acuerdo en absoluto, pudiendo condensarse las relaciones entre una y otra en las dos afirmaciones siguientes:

1.^a Lo que manda la ley moral, lo ordena también La Vida práctica.

Teniendo por objeto los actos de la vida práctica la consecución del mayor grado de satisfacción posible, han de comprender, también, el orden moral, que cae, de lleno, dentro del campo de las satisfacciones. Las más intensas son las que Dios ha unido al cumplimiento de sagrados deberes, como si quisiera impelerlos, hasta por instinto, al de obligaciones con las que ha engendrado los goces más dulces que hay en el mundo.

2.^a Lo que prohíbe la ley moral, lo reprueba también La Vida práctica; porque ó está castigado por la ley escrita ó no.

En el primer caso, claro está que acarrea una pena. Y, aunque supongamos que, por quedar oculto el acto punible, escape al rigor de la pena el que lo ejecutó, nunca se librará del temor de ser descubierto y castigado y esta intranquilidad, esta amenaza constante, quitará, indudablemente, mayor grado de bienestar que el que, ilícitamente, se creyó haber encontrado.

En el segundo caso, es decir, en las acciones que, condenadas por la ley moral, no lo están por la escrita, se descubre algo innoble, repulsivo. Se observa en todas ellas un fondo ó inhumano, como el del usurero que vive del pan amasado con tantas lágrimas ó desnaturalizado, como el del hijo que con medios para atenderle deja morir á su padre en la miseria ó traidor, como el del amigo infame que se sirve para engañar de la ciega confianza

depositada en él; de una ú otra especie se ve algo degradante. Y estos actos hieren al mismo que los ejecuta, le ofenden, le privan de todas las consideraciones sociales, le hacen perder en el concepto y en el trato con los demás, cuando no también en sus mismos intereses, algo que vale infinitamente más, para las satisfacciones de la vida inclusive, que el puñado de monedas acuñadas á tan alto precio.

Además, el que vende así su dignidad, excluído del trato de las personas honradas, tiene que vivir entre quienes estén dispuestos á pagarle en la misma moneda y, por ello, aunque para él no haya más que bienes materiales, su desconfianza, su avaricia, su miedo á perderlos debe hacerle cotizar, en el mercado de las satisfacciones, el peligro que, para sus intereses, encierra el trato de gente de tal jaez, peligro que es, en último término, la consecuencia de esos actos condenados por la ley moral.

Hasta personas nobles y delicadas que

condenan, indignadas, ciertos actos, los consideran no sólo lícitos, sino hasta virtuosos, cuando sólo se perjudica con ellos á quienes acostumbran á ejecutarlos. El refrán que dice que «quien roba á un ladrón tiene cien años de perdón» es fiel intérprete de esta doctrina, que aumenta, para los poco escrupulosos, el peligro apuntado que debieran tener en cuenta.

Todo esto sin contar con el remordimiento que ha de proporcionarles un martirio incomparablemente mayor que el bienestar que se prometen, actuando, en esas soñadas satisfacciones, como acíbar, que convierta en amargo todo lo que conseguido lícitamente hubiera sido agradable.

CARRERA

Es muy frecuente que, llegado el caso de resolver sobre este punto, se tome una resolución desacertada. Dándose por sentado que el interesado debe seguirla y partiendo de esta base, á veces falsa, se reduce el problema á determinar cuál es la carrera que debe elegirse.

A obrar así lleva, á veces, á los padres de los interesados y les inclina á éstos la costumbre, no propia, porque no puede haberla en estos actos de la vida que cada uno realiza una sola vez, sino la costumbre de una porción de generaciones anteriores, costumbre de familia, que ejerce, en ciertos casos, una fuerza parecida á la que ejerce en el individuo la costumbre personal.

Otros, cuando tras largos años de

honrado trabajo se han conseguido con él un capital capaz de asegurar á sus descendientes el grado de satisfacciones que les buscaban, creen coronar su obra añadiéndoles un título académico, con el que no pretenden sino cierto lustre, de que, á su frívolo modo de ver, ellos y sus antepasados carecían.

Los primeros son irreflexivos; los segundos vanidosos. Y la irreflexión y la vanidad se pagan muy caras en el mercado de las satisfacciones y sólo se pueden permitir el lujo de vivir con ellas quienes estén dispuestos á sostenerlas á cambio de los muchos sinsabores que cuestan.

Y es preciso observar que la carrera, por el mero hecho de seguirla y aun dando por supuesto que no se ejerza, priva de satisfacciones, en determinadas circunstancias. Además de quitar las que representa el aumento de comodidades que daría el capital invertido en ella, puede, á veces, durante el tiempo empleado en cursarla, crear, cuando no vicios, costum-

bres que degeneren en necesidades, que, por las especiales condiciones del interesado, sean luego para él perjudiciales y puede, sobre todo, la carrera desviarle del camino que le convenía seguir y que hubiera seguido á no ser por ella.

Apuntada esta observación, como lo ordinario es que el que estudie una carrera se proponga ejercerla, estudiaremos la cuestión bajo este supuesto, sentando las dos reglas siguientes:

REGLA PRIMERA

Todos aquellos que, entre sus diversas aptitudes, encuentren alguna notablemente desarrollada y relacionada con alguna carrera ó profesión, deben abrazar ésta, siempre que su ejercicio no tenga, en el terreno económico, un grado de depreciación mayor que el exceso de desarrollo de aquella aptitud sobre las demás.

Obrar así constituye la aplicación de la fuerza más poderosa de que se dispone

á la producción de lo que ha de reducirse á satisfacciones, en último término. Equivale á colocarse en el sitio más á propósito para desenvolver, con mayor amplitud, las energías más fecundas de que uno está dotado, cuyos frutos han de ser goces á la postre. Cuando en una persona descue-lla, entre todas las demás, una especial disposición el dedicarse á los trabajos que caen dentro de ella significa el aumento de la productividad de los propios esfuerzos, en la proporción que haya entre el poder de esa aptitud y el de las otras. Si mi facilidad para el estudio de la filosofía es triple que para el de las ciencias exactas ó que para las faenas agrícolas, con el mismo esfuerzo, con las mismas horas de trabajo, habré adquirido triple caudal de conocimientos filosóficos que los que hubiera conseguido en ciencias exactas ó que resultados agrícolas hubiera logrado, por la sencilla razón de que el efecto debe ser proporcionado á la causa y esa cantidad triple de conocimientos fi-

losóficos, medidos en la correspondiente oposición y transformados en goces físicos por el sueldo de la cátedra obtenida, me darán una suma de éstos tres veces mayor que la que de las ciencias exactas ó la agricultura hubiera sacado, descontando los efectos de influencias ajenas, que son las oscilaciones en la cotización de esos conocimientos en el mercado. Por consiguiente: aunque baje esta cotización, mientras no sea esta baja suficiente para contrarrestar el aumento de conocimientos filosóficos sobre los otros resultados ó el exceso de capacidad para esta clase de estudios sobre los demás, que es la causa de este aumento, siempre obtendré, dedicado á ellos, mayor número de satisfacciones materiales que de otros trabajos ó lo que es lo mismo que, además del gusto que mis aficiones han de hacerme encontrar y de los goces morales que mis triunfos puedan proporcionarme, también bajo el punto de vista económico me conviene la filosofía.

Claro está que ni el grado de desarrollo de cada aptitud puede medirse aplicando la regla y el compás, ni la remuneración de los trabajos de cada una de las diferentes carreras puede obtenerse en la pizarra, con una precisión matemática. Pero no es menos cierto que la mayor parte de las resoluciones de la vida no se apoyan, tampoco, sobre lo seguro, sino sobre lo probable; se fundan en lo que, lógicamente y según nuestra limitada inteligencia, debe suceder, no en lo que ha de ocurrir forzosamente; se basan en lo que el cálculo aconseja, sin que la absoluta seguridad del éxito lo garantice. La prudencia humana no pide más. Y esta probabilidad y esta lógica y este cálculo se adapta, como á todo, al estudio que los padres ó encargados de su educación puedan hacer de la especial capacidad de los interesados, á la reflexión psicológica de estos mismos, al criterio superior de personas de quienes unos y otros puedan tomar consejo.

REGLA SEGUNDA

Aunque el exceso de desarrollo de la determinada facultad de una persona sobre las demás no compense la depreciación con que están retribuidos los trabajos de la carrera á que aquélla se adapte ó, en otros términos, aunque, en el orden económico, sean inferiores á otra clase de trabajos los resultados de esta carrera ó profesión, deberá abrazarse, siempre que la afición y el gusto que encuentre el interesado en su ejercicio y la fatiga que se ahorre, huyendo de tareas menos en armonía con sus aptitudes, compensen la inferioridad de las ganancias materiales, cuando sea tal la posición de la familia que, aun mirando prudentemente al porvenir, pueda sacrificar la diferencia de remuneración de que se priva.

MATRIMONIO

El estado natural del ser humano es el de casado. Por ello puede sentarse como regla general que deben contraer matrimonio todos aquellos para quienes no existan razones especiales que se lo impidan.

Pero es preciso no confundir la razón con el pretexto. Entendemos, aquí, por razón el motivo fundado que decide á obrar en uno ú otro sentido. Llamamos pretexto á la disculpa con que se quiere sancionar una determinación impropia.

Hay entre la razón ó motivo y el pretexto la misma relación que existe entre el argumento sólido y el sofisma.

EDAD EN QUE DEBE CONTRAERSE

Asunto en que tanta parte debe tomar el corazón no es posible sujetarle á una



edad fija. Pero exige—prescindiendo de consideraciones del orden físico—la capacidad intelectual necesaria para que el interesado pueda darse de sus actos cabal cuenta.

Y esto no tanto por la parte que el entendimiento deba tomar como por la necesidad de poder apreciar bien el estado del propio corazón, estando en condiciones de distinguir el verdadero amor entre esas impresiones deslumbradoras, que, cuanto en el fondo más opuestas son á él, más empeño ponen en disfrazarse con sus formas. Hasta llegar á la edad en que esto suceda no debe uno casarse. Prescindimos, también, de motivos del orden económico, que, entre personas de no grandes recursos, pudieran desaprobarnos los matrimonios prematuros, porque todas las materias de este tratado queremos estudiarlas bajo su aspecto más esencial posible y, por ello, cuando encontramos el porqué de una cosa en su misma naturaleza, no creemos oportuno fijarnos en razones de

otro carácter y menos en el asunto de que nos ocupamos, el más elevado é importante de la vida.

EL CORAZÓN Y LA CABEZA

En el matrimonio debe tomar la mayor parte el corazón, pero debe darse al entendimiento la que le corresponde. Éste debe, en primer término, determinar la impresión que parece venir del corazón, analizarla y ver si en ella hay algo de amor ó es ilusión ó algo que, en la forma, se le parezca. Y no debe limitarse á esto. Aun en el caso de que sea, realmente, el corazón el que se interese, al entendimiento toca declarar sobre la legitimidad de sus aficiones. Del corazón debe partir el impulso; del entendimiento la aprobación.

Con persona que nos sea indiferente no debemos casarnos. Sería quitar al corazón su intervención, prescindir de ese dulce precursor de la felicidad del matrimonio. Pero no basta que una persona nos

agrade; es preciso, además, ver si reúne las cualidades necesarias para unirnos con ella. Esto es el visto bueno, el fallo que el entendimiento debe dar.

Pero la misión de éste aquí no es hacer ningún estudio completo y detallado. En asunto tan elevado, en que se ponen en juego los sentimientos más delicados del alma y entre deliciosa atmósfera de ternura se mueve todo, la precisión y el detalle repugnan. Hay que dejar al azar la parte que le corresponde. Si la persona que nos gusta es buena, si sus costumbres y gustos son parecidos á los nuestros, porque su educación tampoco es diferente, si su carácter se aviene con el nuestro, si no media una enorme diferencia de edad, si algún serio obstáculo no se interpone, hay que encomendar algo á la Providencia, hay que dar su parte al sentimiento, hay que colocar al amor encima, sobre todo y sacrificar á él todas las frivolidades y ofrecerle sus riesgos.

Con tal que no haya algo grave que

amenace, seriamente, la felicidad de un matrimonio, todas las demás contrariedades deben arrostrarse, que, cuando el corazón, legítimamente, se interesa, su impulso ha de vencerlas ó derribándolas y haciéndolas desaparecer ó, cuando esto no es posible, sufriéndolas, tan á gusto, que, acabando por dejar de serlo, se conviertan en las satisfacciones que nacen ofreciendo al verdadero amor la privación de comodidades, tan insignificantes al lado de los puros y elevados goces con que aquél paga este sacrificio, que llega á pasar desapercibido, acabando por dejar de serlo, á poco tiempo que se obre así.

LA MEDIA NARANJA

Esta frase expresa, claramente, cómo debe ser la persona que hayamos de elegir por compañera. De tales condiciones que encajen, ajustándose perfectamente, dentro de las que nosotros tenemos; de tal naturaleza moral que se solidifique, que agarre esa compenetración,

El secreto de la felicidad del matrimonio consiste en esto. En la adaptación de las dos mitades; en que los esposos, como ordinariamente se dice, han nacido el uno para el otro; en que han hallado su media naranja. Esta se encuentra en la unión de los caracteres y, por consiguiente, lo que es preciso ver es qué clase de caracteres son susceptibles de unirse mejor.

CARÁCTER

Tal es la diversidad de caracteres que puede, muy bien, decirse que cada uno tiene el suyo propio, especial, *sui generis*, personal. El dicho de «ese es como Dios le ha hecho» debiera substituirse por el de «cada uno es como Dios le ha hecho»; pero lo que hay es que, como á sí propios muy pocos se conocen, ve cada uno en los demás lo que en sí propio no acierta á distinguir; carga á otros aquello de que él pretende eximirse. Esta es la razón de encontrar rarezas en el vecino. Hay muy

pocos que coincidan en su modo de ser; para cada uno sus actos son los naturales; luego la mayor parte de los ajenos, que á ellos no se acomodan, tienen que ser rarezas, genialidades.

Pero, aunque en la formación del carácter entran factores variadísimos, los principales elementos que más influyen en la armonía de unos caracteres con otros son: la sensibilidad afectiva, la inteligencia y la voluntad,

SENSIBILIDAD

Ni todas las personas tienen el mismo grado de sensibilidad afectiva, que es á la que aquí nos referimos, ni ésta se manifiesta, tampoco, en ellas del mismo modo.

Hay á quienes mata un desvío y existen quienes sufren, impasibles, la indiferencia; tales necesitan el cariño servido de tal manera, presentado en idílicas puerilidades, que, repetidamente, estén dando fe de él; para cuáles pasarían desapercibidos estos cuidados y hasta les conside-

rarían enojosos, si en ellos se fijasen; á unos el dulce reposo del hogar les llena el alma de tal manera que su única ambición la constituye el aislamiento de todo el mundo, para que nadie, ni nada pueda interrumpirles en sus puros goces; los otros necesitan el mundo, el ruido, la exhibición, un amor *coram pópulo*; la tranquilidad patriarcal que los primeros necesitan hasta á los segundos y el torbellino que, como atmósfera de su cariño, necesitan éstos, asfixia á los otros.

La diferencia de sensibilidad, solamente, puede explicar el porqué de muchos matrimonios desgraciados, entre personas dignas de ser felices. Y es que muy pocas veces ó nunca, se cumple el dicho de éste ó aquélla reúnen condiciones ó son capaces de hacer feliz á cualquiera. Hasta el exceso de bondad, hasta la resignación extremada de alguna de esas personas podría herir la especial sensibilidad afectiva de quien se le antojase frialdad una paz octaviana que otro consideraría

admirable. No engranaban mutuamente sus condiciones afectivas; no eslabonaba bien la cadena de cariño que su sentimiento había formado, desigualmente, para unirles; no había la armonía en la sensibilidad que las dos medias naranjas exigían.

INTELIGENCIA

Para la felicidad del matrimonio no se precisa encontrar un gran talento; pero sí es necesario cierto grado de inteligencia para que pueda cada uno entender y ser entendido.

La falta de este grado de inteligencia puede anular la armonía de la sensibilidad afectiva de los esposos. Para que una cosa nos sea útil no basta con que nos la den; es preciso que la veamos, que la tomemos, que nos sirvamos de ella. Y el más delicado obsequio, envuelto en la más cariñosa forma de un acto ó un pensamiento, puede pasar inadvertido y hasta ser entendido al revés por la persona á quien se le dedica, si ésta carece del dis-

cernimiento necesario para entenderle. Le han dado lo que necesitaba y lo que le hubiera satisfecho; pero no lo ha visto; lo ha dejado porque no se ha fijado en ello; ha pasado como si no hubiera existido.

VOLUNTAD

El grado de voluntad y la forma de manifestarse ésta contribuye, poderosamente, á la diversidad de caracteres. De los elementos que le forman la voluntad es el que imprime al carácter el sello, por lo menos, más ostensible. Para apreciar la sensibilidad afectiva de una persona hace falta una especial observación y determinada capacidad; la inteligencia no se mide sin previo estudio; pero la voluntad, en el carácter, salta á la vista.

Hay caracteres violentos, tempestuosos, á los que cualquier contrariedad enarbola; les hay menos irritables, pero tercos, de voluntad á que no hay nada capaz de desviar; les hay intransigentes sólo en

asuntos determinados ó cuando ya se han aferrado á una idea ó, como ordinariamente se dice, se les ha metido una cosa en la cabeza; les hay dulces, que por nada pierden su natural agrado; les hay dóciles, que en seguida transigen, en el momento ceden; les hay sumisos, que apenas tienen voluntad propia y que, por ello, acceden, sin violentarse; les hay espíritus de contradicción á quienes mueve á la lucha el gusto de pelear, no el deseo de conseguir lo que defienden; les hay de mil maneras.

Pues bien, para la unión de los caracteres la voluntad obra en sentido inverso que la sensibilidad. Un carácter sensible necesita otro que lo sea; un carácter voluntarioso difícilmente se entiende con otro igual.

Consecuencia: una persona de carácter sumiso, de natural dulce, podrá casarse con otra de genio fuerte, si de ella se enamora; pero aquél en cuyo carácter se manifieste el predominio de la voluntad no puede permitirse este lujo.

LUCHA POR LA VIDA

Nuestra existencia es una continua lucha por la vida, que es preciso sostener so pena de darse por vencido, pero que es dable reducirla no poco, suprimiendo muchos de sus encuentros y hacerla menos penosa, suavizándola en grado sumo.

Antes de dirimir una contienda hay que ver si el asunto que la motiva lo merece Y, cuando la lucha deba arrostrarse, la forma en que sea conveniente hacerlo. Porque los horrores ocasionados por la pelea de dos ejércitos ó el combate de dos escuadras, con su contingente de sangre derramada y sacrificios pecuniarios impuestos al país, en nada se parece á la ceremoniosa acción diplomática con que, en ocasiones, pueden defenderse, tan eficazmente, los mismos intereses.

Por la vida hay modos de luchar diferentesísimos. Luchan dos familias que con-

sumen su existencia enredadas en un pleito que las reduce á la miseria, dejándolas, como único patrimonio que puedan legar á sus respectivos descendientes, un odio mortal hacia los otros; luchan los que en la calle ventilan sus cuestiones á puñetazo limpio; lucha el que compra, disputándose con el vendedor las ventajas que éste quiere hacer suyas; lucha el que, colocado en un compromiso más ó menos grave ó apremiante, entre mil alternativas de timidez y resolución, se decide á solicitar de un amigo que le saque de él; lucha éste, al ponerse en guardia y parar el sa-sablazo de aquél; luchan, en fin, cuantos ejecutan algún acto que les haga experimentar, en el orden físico ó moral, dolor, contrariedad ó violencia.

CONDICIONES DE LUCHA.
VENTAJAS DEL DÉBIL SOBRE EL FUERTE
EN ALGUNOS CASOS

Siendo la lucha, más ó menos suave ó ó enconada, el estado habitual de la exis-

tencia á ello ha provisto, como no podía menos de hacerlo, nuestra naturaleza, dotándonos á todos de las condiciones necesarias para el combate.

A nadie ha dejado sin armas y, aunque se ven unos fuertes y otros débiles, muchas veces, si bien se mira, esta desigualdad en los medios de defensa es mayor en la apariencia que en la realidad. Y aun hay casos en que condiciones ventajosas de combate, armas para la lucha por la vida perjudican al que las tiene, defendiendo al contrario, en el que, á veces, se añade una circunstancia de inferioridad que le ayuda también.

Un hombre activo propone á otro negligente una permuta para los dos muy beneficiosa. Con ella, reuniendo sus propiedades, ahora muy distantes, en sus respectivas residencias, van á ganar no menos uno que otro, económicamente y en comodidad, aumentando, considerablemente, las utilidades, con su directa intervención, corrigiendo abusos inevita-

bles á tan largas distancias y ahorrándose los gastos y molestias de largos viajes, que se ven precisados á realizar con medios de locomoción detestables. El negligente ha quedado en pensarlo y comunicar su resolución al otro dentro de algunos días. Pero pasa tiempo y más tiempo sin que dé señales de vida y, acaso, sin que se acuerde del asunto que trae entre manos. El otro, al contrario, pensando en él, constantemente, cae en la cuenta de que pueden presentarse ciertas coincidencias que, lógicamente pensando, nada de particular tendría que entorpecieran la permuta. Vuelve á casa del perezoso y le insta á ella nuevamente; pero éste, dominado por su abandono, continúa en su eterna indolencia, sin resolverse á nada. Es lástima que fracase el contrato para los dos tan beneficioso, no pudiendo resignarse á ello el diligente, que, temeroso de que esto suceda, hace un último esfuerzo, añadiendo una nueva é importante concesión, que ofrece al perezoso para decidirle so-

bre lo propuesto y, por fin, se cierra el trato con ella.

Véase, pues, un encuentro de la lucha por la vida en que la actividad, arma de las más eficaces en la mayoría de los casos, se ha vuelto contra el que la llevaba, ayudando al indolente, que, en esta misma debilidad, llevaba su fuerza.

CUESTIONES QUE COMPRENDE LA LUCHA POR LA VIDA

Dos son las que se presentan: 1.^a Qué asuntos la merecen ó cuándo se debe luchar. 2.^a Modo de conducirse en la lucha.

ASUNTOS QUE MERECE LA LUCHA

Los que reúnan estos dos requisitos:
1.º Que en el encuentro que por ellos provoquemos nos ofrezcan ciertas garantías de vencer. 2.º Que esta victoria represente una satisfacción marcadamente mayor que el sacrificio que aquel encuentro nos exija.

CIERTAS GARANTÍAS DE VENCER SON NECESARIAS

Para ir á una lucha es necesario hacerlo con algunas garantías de vencer. Hay que contar, sino con seguridades de triunfar, sí con ciertas probabilidades de éxito. Hay que ser calculista, no iluso. Hay que apoyarse sobre una base, no entregarse al azar, que el jugador, en definitiva, siempre acaba perdiendo.

El olvido de esto es la causa de la ruina de tantas personas como se han hundido por esa monomanía que se llama afán de negocios y por el empeño de recobrar lo que en alguno de ellos han perdido, dos puntos de que nos encontramos como llevados de la mano á tratar aquí.

AFÁN DE NEGOCIOS

Hay personas que, por todos los lados que se les ocurre mirar, no ven más que

negocios redondos. Muchas de ellas tienen su modo de vivir más ó menos modesto ó desahogado, algunas bueno, en relación con sus aspiraciones y la localidad y circunstancias en que se encuentran colocadas, que les permitiría legar á sus descendientes ó allegados esa tranquilidad que nace de tener las necesidades cubiertas y esperar la muerte con este consuelo. Y, por sus dichosos negocios, lo pierden todo.

Y conste que estamos muy lejos de condenar, sino que, al contrario, aplaudimos el razonable deseo de mejorar y las iniciativas y empresas bien calculadas. Lo que censuramos y contra lo que insistimos es contra ese afán de negocios, verdadera aberración, que ciega á sus víctimas, destruyendo en ellas toda capacidad para el cálculo y haciéndolas vivir fuera de la realidad mientras dura ese estado de fascinación en que las tiene.

Esto es lo más reñido con el genio práctico y de lo que el hombre que se precie de serlo debe abominar con más ener-

gía. Que se arruine quien tenga ese gusto arrastrando grandes trenes y sin que se le presente deseo que deje de satisfacer está muy mal hecho; pero buscar su ruina en continuas privaciones, alambicando hasta lo materialmente indispensable para la vida, por dedicar hasta el último céntimo á esos negocios es tan insensato que, mientras presida un átomo de sentido práctico, no puede hacerse nunca.

LA AMBICIÓN Y EL OPTIMISMO

La alianza de la ambición con el optimismo es lo que conduce á esa manía.

La ambición, por sí sola, ordenada y bien dirigida, da buenos resultados; pero aliada con el optimismo es muy perjudicial y los da funestos.

Es de notar que la ambición que se observa en esos ilusos negociantes es una ambición sin razón de ser muchas veces. Son ambiciosos sin tener conciencia de lo que quieren. Están satisfechos y pueden

satisfacer sus deseos con lo que tienen, sin que apetezcan mayor grado de confort que el que disfrutan ó pueden disfrutar con los recursos con que cuentan y se meten en esos que llaman negocios sin darse cuenta de que, aunque alcanzasen las riquezas porque tanto suspiran, lo limitado de sus aspiraciones les reduciría á continuar viviendo como lo hacen unos ó como podrían los otros hacerlo con lo que tienen.

Pero prescindamos de esta sed de riquezas inconsciente que sólo hemos querido dejar apuntada.

La ambición bien entendida, que es un deseo noble y legítimo de mejorar, pide bienestar y trabaja por conseguirlo, siendo su labor digna de encomio mientras no se salga de los límites en que debe estar encerrada. Aplica, racionalmente, los medios conducentes á las satisfacciones buscadas, trabaja, calcula, empezando por medir las propias aptitudes, estudiar el mercado, descubrir los enemigos profesionales con que ha de luchar, sondear la

habilidad de éstos, tantear sus fuerzas. Si como resultado de todas estas investigaciones encuentra las garantías de vencer que la prudencia exige arrostra la lucha, en caso contrario la rehuye; pero, de todos modos, ve las satisfacciones apetecidas en su voluntad, por un lado y, por otro, la realidad, independiente á ella, no moldeada á su capricho, sino sujeta, tan sólo, á las causas naturales que deben traerla así ó del otro modo. Ve aquí su deseo, allá la realidad y, entre los dos, la distancia que los separa y las dificultades que ofrece el camino que hay que recorrer para salvarla.

Pero, cuando el optimismo se interpone en el camino que debe recorrer la ambición, la extravía, antes de dejarla dar un paso derecho. El optimismo, aumentando los propios méritos, le hace á uno considerarse de mucho más poder y más valía que toda clase de enemigos contra quienes tiene que habérselas, haciendo resaltar la ventaja más insignificante que

se tenga sobre ellos y ocultando cuantas ellos tengan sobre uno mismo, por muy grandes y ostensibles que sean. Todas las circunstancias ayudan al optimista, hasta el menor detalle le es favorable. Se le ocurre montar cualquier industria ó casa de comercio en una localidad determinada porque ha visto los grandes beneficios que está obteniendo uno, dedicado al mismo ramo, allí establecido. Verdad es que el antiguo industrial cuenta con la experiencia que le ha proporcionado la vida entera dedicada al negocio, en el que ha sucedido á su padre; pero la cosa es sencilla y el proyectista tardará bien poco en imponerse; en cuanto á la gran clientela con que aquél cuenta ya irá éste haciendo la suya poco á poco, que así empiezan todos. Además, el negocio es una mina que da margen para que uno y otro puedan enriquecerse. Cierto que en la misma plaza hay otros cuantos, acaso excesivos, que se ven mal para salir á flote; pero mejor; tales contrarios son bien poco te-

mibles; más bien le ayudarán con su competencia, que él vencerá fácilmente y evitará que ningún otro se atreva á establecerse allí. Eso sin contar con las beneficiosas reformas que pueden implantarse. Aun en la casa de aquel industrial que se ha enriquecido hay muchos defectos que subsanar, que él, en la suya, corregirá seguramente. Implantará muchas economías y, en cambio, con poco más del ahorro que esto le represente dotará á su establecimiento de todos los adelantos modernos, aumentando y perfeccionando la producción de tal manera que ninguno de la comarca pueda ofrecer en los géneros calidad y precio como los suyos.

El optimismo es el adulator de la ambición. Empieza por hablarla en este lenguaje que acabamos de ver, al ofrecérsela como aliado, consigue, así, su alianza con ella y acaba pervirtiéndola al hacerla ver, entre esa atmósfera de incienso, que á su alrededor crea, identificada la realidad

con el deseo, de modo que una y otro sean la misma cosa.

Es decir: que las garantías de vencer conque debemos ir á la lucha sólo en nuestro pensamiento las llevamos.

AFÁN DE RECUPERAR LO PERDIDO

Suele éste iniciarse después de haber experimentado alguna pérdida de más ó menos consideración, sufriendo, en cualquiera de esos encuentros á que lleva la lucha por la vida, una derrota de relativa importancia, parcial, no decisiva. No es que los que sienten este empeño sean ambiciosos, por regla general; han vivido con lo que tenían, sin desear más muchos de ellos y no es tanto lo que hayan perdido como para obligarles á cambiar de vida. Pero su empeño actual, aunque, á veces, bien reducido, es demasiado preciso. Quieren recobrar, eso sí, todo lo que acaban de perder, sin cejar hasta reintegrarse de la última peseta y, sometidos á impulso irresistible, han de estar provocando y

sosteniendo batallas, hasta que lo consigan ó perezcan en la demanda, sufriendo la completa derrota en que lo pierdan todo.

Están en las mismas condiciones que el jugador, de quien se dice que no es lo peor que haya perdido, sino que quiera recuperarlo. La razón de la nueva lucha por uno y otro entablada es la misma: resarcirse de pasadas pérdidas. La insensatez igual, que, si el jugador confía su suerte al azar, á la ventura se entrega, también, el que se mete en empresas tan arriesgadas como á las que van algunos por el empeño de recuperar lo perdido. La misma obsesión ciega á los dos, al empujarles á la lucha sin contar con las garantías de éxito necesarias.

QUE LA SATISFACCIÓN ESPERADA SEA
MARCADAMENTE MAYOR QUE EL SA-
CRIFICIO IMPUESTO. CÓMO HEMOS
DE MEDIR AQUÉLLA Y ÉSTE

Para que un asunto merezca la lucha por la vida, además de que nos ofrezca

cierta clase de garantías de vencer, es preciso que la satisfacción que el triunfo nos prometa sea marcadamente mayor que el sacrificio que la pelea nos imponga, no aisladamente, sino en relación con nuestro modo de ser y las especiales circunstancias en que nos hallemos colocados.

Regla sencilla al parecer, pero que son muy pocos los que la observan, porque, no estudiándose á sí propios, no pueden precisar bien ni la satisfacción, ni el sacrificio que ha de acarrearles cada batalla.

Nos creemos con derecho á una determinada cantidad, presumiendo, fundadamente, que, previos los correspondientes trámites legales, la conseguiremos. La satisfacción de esta victoria, que consiste en los bienes de todos los órdenes que con ese dinero pueden proporcionarse, para un millonario en quien fuese corriente gastarse, en uno ó pocos días, sumas parecidas, significaría tan poco que apenas notase lo añadido á su habitual confort;

al paso que para un pobre diablo, de reducidas necesidades, representaría esa cantidad una fortuna envidiable. El sacrificio de esta lucha sostenida en una populosa ciudad, contra un desconocido, sin otras molestias que cuatro visitas de nuestro apoderado, que nuestro flemático carácter nos permita recibir con estoica pasividad, es bien pequeño; pero es enorme el sacrificio que impondría esta lucha entablada contra todo el pueblo en que residiéramos, que, acarreándonos el odio de todos nuestros convecinos, nos condenase á una vida de continua violencia, que, unida á nuestros arranques neurasténicos, nos tuviera, constantemente, con los nervios crispados.

Es decir: que para precisar el valor de los sacrificios impuestos y de las satisfacciones esperadas hay que medir unos y otras tomando como metro nuestro modo de ser, concretándolas á nosotros mismos, porque, en absoluto, en abstracto, no dicen nada.

MODO DE CONDUCIRSE EN LA LUCHA

Todo hay que subordinarlo á luchar dignamente. Con La Vida práctica repugna todo medio rastrero, todo recurso ruín, por la sencilla razón de que llevar tranquila la conciencia y alta la cabeza es lo que proporciona la mayor entre todas las satisfacciones. Por ello, entiéndase bien que todas las reglas que vayamos indicando han de estar sometidas á la corrección y delicadeza que deben presidir esta lucha, acompañando, siempre, en ella al hombre práctico, envuelto en ese prestigio, especie de veneración, que cuantos le conocen van tributándole, constantemente, en cuantas ocasiones le encuentran á su paso.

Sobre esta base toda la táctica de la lucha por la vida estriba en suprimir todos los sacrificios estériles que esté en nuestra mano evitar y suavizar, en todo lo posible, aquellos otros de que no podamos evadirnos.



EL ENCUENTRO AISLADO Y LA LUCHA CUOTIDIANA

La lucha por la vida se presenta en formas tan diversas que sería imposible enumerarlas todas; pero para determinar la aptitud ó repugnancia de nuestro carácter con cada una de ellas, que es lo que importa y de lo que luego nos ocuparemos, nos basta con dividir las en dos grandes grupos: Los encuentros aislados y las luchas continuadas.

Entendemos por encuentros aislados las contiendas, por lo general, de corta duración, que, una vez resueltas, no sientan precedente para lo sucesivo, ni dejan tras de sí huella alguna.

Decimos por lo general de corta duración, porque hay algunos encuentros aislados, aunque son los menos, que tardan largo tiempo en resolverse, por ejemplo, cierta clase de pleitos. Lo que caracteriza á estos encuentros es que su resultado no influye para nada en las contiendas pos-

teriores, por el contrario de lo que ocurre en las luchas cotidianas, cuyo desenlace trasciende, más ó menos, siempre al porvenir.

Trato de comprar una casa. Viene la lucha con el vendedor sobre el precio y demás condiciones del contrato; pero una vez puestos de acuerdo y otorgada la correspondiente escritura termina aquélla, sin dejar rastro alguno, ni influir en lo sucesivo para nada. Encargo á un ebanista la construcción de determinados muebles. Podrá ser conveniente fijar antes el precio á que él se compromete á hacerlos y yo á comprarlos y, acaso, después, dé origen á cierta discusión algo de lo imprevisto comprendido en sus facturas; pero aquí termina la lucha sin sentar precedente de ninguna clase para lo futuro. Entablo una reclamación contra cierta Compañía de ferrocarril, con motivo de una mercancía extraviada; la victoria ó derrota en este combate estará representada para mí por haber conseguido ó no lo que con mi

reclamación pretendía; pero el que corra ésta la suerte que quiera no tendrá ninguna consecuencia ulterior.

Llamamos lucha diaria ó continuada á la que, derivándose de relaciones permanentes, se resuelve por una victoria ó derrota que trasciende al porvenir. Esta duración de sus efectos las hace, naturalmente, más importantes, aunque, de ordinario, parezcan revestir formas más suaves que las luchas aisladas. Un agricultor toma á su servicio un criado, poniéndose los dos de acuerdo sobre el trabajo que éste ha de realizar, el salario con que aquél ha de pagarle, las ventajas de que ha de disfrutar y demás condiciones del contrato, entre las que figura la de que el amo ha de labrar gratis al sirviente una finca de media hectárea de cabida, de que este último es propietario. Satisfechos el uno del otro pasan el primer año y, al siguiente, consigue el criado hacerse dueño de otra pequeña finca, que, con el producto de sus ahorros, ha comprado á un con-

vecino. En la hacienda del amo van ya terminándose las labores que apremiaban, ayudando á ello el tiempo que no ha podido ser más favorable y, en atención á esto, siendo ya hora de labrar la nueva heredad del sirviente, solicita éste de su señor se lo haga, por este año, prestándose el último á la nueva concesión y labrándole las dos finquitas con que ya cuenta. En los años sucesivos, aunque el tiempo sea menos propicio para las labores y éstas apremien en la propiedad del amo, no tiene ya éste resolución para suprimir la gracia concedida una vez, aunque sólo para una haya sido pedida y desde que lo hizo por vez primera continúa labrando, todos los años, al criado las dos fincas que tiene y puede ocurrir que el precedente sentado para lo sucesivo no se limite á laborar las dos fincas poseídas actualmente por el criado, sino que, poco á poco, se vaya entendiendo extensivo á todas las que este último vaya comprando.

Aquí, como se ve, la lucha se ha inicia-

do con la pretensión formulada por el criado de que el amo le laborase, un año, en atención á las circunstancias del momento, además de la finca convenida, que era la que tenía cuando entró á su servicio, la otra que adquirió después, la victoria se ha declarado á favor de aquél, al conseguirlo y las consecuencias de este triunfo no han terminado en él, no se han reducido á las labores de aquel año determinado, que fueron las solicitadas por el criado y á las que el amo se prestó, sino que han trascendido á lo sucesivo, han sentado precedente para el porvenir, se han hecho permanentes y ya éste ó siempre tendrá que someterse á lo que, como gracia, una vez concedió y ha hecho ley la costumbre ó, para emanciparse de esta sumisión y borrar las consecuencias de su derrota, le será preciso entablar una nueva lucha y alcanzar, en ella, la victoria.

LA CLASE DE LUCHA CON QUE DEBEMOS DEFENDER NUESTRA EXISTENCIA ESTÁ INDICADA POR NUESTRO PROPIO CARÁCTER

De la lucha por la vida nadie puede evadirse, ni aun los privilegiados de la fortuna, puesto que en todo cuanto implique dolor, molestia, violencia ó contrariedad va aquélla envuelta y las riquezas no tienen la virtud de poner á los que las poseen á cubierto de estos males. Pero lo que sí está en nuestra mano es defender nuestra existencia por un procedimiento ó por otro, entablado la lucha continuada ó librando, en vez de ésta, encuentros aislados. Y, como cada temperamento se adapta mejor á una que á otros, importa mucho, para la reducción de nuestros sinsabores, fijarse en cuál de ellos causa á nuestro carácter menos impresión.

Es curiosísimo fijarse en la especialidad de cada temperamento y en sus ener-

gías y debilidades, por lo que se refiere á las dos formas de lucha que hemos indicado.

El uno es incapaz para la lucha diaria con su inmediato dependiente. Le violenta tanto este género continuado de tirantez que no encuentra en su modo de ser ánimo suficiente para sostenerla y, débil en esta especialidad de contiendas, para él más enojosas que ninguna otra, las rehuye. Cede á toda clase de exigencias y, si alguna vez se resuelve á oponer alguna razón en contra de lo que se le pide, es después de sostener una ruda batalla consigo mismo, que le haga sacar fuerzas de flaqueza, llevándole de su estado habitual, en el que no las encuentra, á otro estado de excitación, desde el que, entre mil alternativas de arresto y pusilanimidad y obsesionado con la respuesta con que, acaso de tiempo atrás, viene preparado para esta ocasión que preveía, temeroso de que se le vaya, no ve, ni mira más ó, si alguna otra cosa se le ocurre, apenas acierta á

expresarla, tomando tal sesgo su peroración que, en último término, se reduce á mil explicaciones, que no debiera dar y que, sobre la derrota que en estas incidencias de que tratamos representa toda explicación, son las que se le ocurren tan inoportunas que sirven para proporcionar al contrario, además de nuevo atrevimiento, nuevas armas. Y éste mismo, tan débil como inepto en la lucha cotidiana con su dependiente, nos admira, por su serenidad y entereza, cuando le contemplamos, después, en una escaramuza aislada, para él de tanta monta como la que representa un pleito que le vemos seguir impertérrito, sin que le arredre la miseria, propia y de los suyos, con que la posible derrota en este encuentro le amenaza.

El otro, en cambio, se hace en la lucha cotidiana por la vida hasta rutinario, moviéndose, en ella, casi á compás, cediendo, gustoso, en lo que debe ceder y negando lo que debe negar, sin experimentar la más pequeña violencia, por lo

á propósito de su carácter y la impasibilidad de su temperamento para la tirantez de las relaciones derivadas del trato diario. Y le falta energía, además de habilidad, careciendo, en una palabra, de aptitud para todo lo que sea salirse del diapasón de su vida ordinaria, de la contienda reglamentada de todos los días.

Guárdese el primero de los que hemos descrito de dedicarse á contratista de obras públicas, por ejemplo, á la misma agricultura, mientras no sea tan rico que pueda no sólo tener administrador, sino permitirse el lujo de confiarle amplios poderes huyendo de la lucha con él y perdiendo lo que esta retirada significa ó de tan reducidos medios de fortuna que se vea precisado á realizar personalmente no sólo los trabajos de dirección, sino todos los corporales necesarios para el cultivo. En la lucha continuada que estas ocupaciones llevan en sí saldrá siempre derrotado, moral y materialmente, perdiendo su tranquilidad y su dinero. En

cambio, defendiendo su existencia por medio de encuentros aislados, abrazando una profesión cuyo ejercicio los represente, podrá desempeñar un papel brillante, obteniendo honra y dinero.

Al segundo le ocurre lo contrario: su puesto no es este; debe ir á la lucha lenta, pero seguida, que de aquellas otras empresas se deriva.

CÓMO ES LA LUCHA EN LOS PUEBLOS Y CÓMO EN LAS POBLACIONES

La lucha por la vida en los pueblos de corto vecindario se presenta, por lo general, en forma continuada y en las poblaciones en la de encuentros aislados. Y ocurre así no sólo por el género de ocupaciones de unos y otras, que, de ordinario, aunque no siempre, son las de los pueblos las que dan origen á la lucha continuada y las de las poblaciones al encuentro aislado, sino por la amplitud ó estrechez del círculo en que uno se mueve

y la clase de relaciones, superficiales ó de más intimidad, que se contraen según se viva en éstas ó aquéllos.

En un pueblo pequeño para cada una de las varias necesidades diarias se acude siempre á uno mismo, por necesidad ó por costumbre, estableciéndose un modo de ser que da lugar á relaciones continuadas, imposibles de cortar sin cierta violencia. Si hay un solo panadero á él hay que acudir siempre por necesidad; si hay dos también al mismo, siempre, por costumbre; si hace falta un carpintero ocurre lo mismo; si un herrero exactamente igual; si precisa comprar cualquier cosa á una tienda siempre y así en toda clase de servicios. Si deja uno á su panadero para servirse del otro que hay en la localidad sin decirle el porqué atribuye la determinación no á la causa que la origina, sino á cualquier otro motivo, pero siempre rastrero, como al resentimiento por cualquier otro roce que hayan tenido, ajeno al servicio del pan; si le dice que porque

éste no le agrada encuentra parcialidad en el cliente, creyendo le mira con malos ojos al dejarle por otro panadero, en su concepto, muy inferior á él. Y esto se explica. En el reducido círculo de la localidad en que han de satisfacerse las necesidades de la vida lo probable es que las relaciones entre el panadero y su cliente no se hayan limitado al pan, sino que hayan tenido algún otro trato ajeno á él, motivado por cualquier circunstancia; acaso linden algunas de sus fincas, acaso sean renteros uno de otro, acaso tengan otros negocios en que se consideren recíprocamente obligados á ayudarse con su consumo, estableciendo como una especie de tácita mutualidad; en tan estrecho campo hay mil ocasiones de relación y en estas relaciones motivos de roce y en la naturaleza humana más propensión para atribuir á estos roces las determinaciones ajenas que no agradan que para inculparse á sí propio de ellas. En cambio en una ciudad populosa lo ordinario es que

las relaciones se reduzcan á un solo servicio; entre el panadero y su cliente no hay nada de común más que la compra del pan y al cesar éste de servirse de aquél no puede el panadero atribuirlo á ninguna otra causa ajena á este servicio á que queda reducida la relación, siendo lo natural que la rompa el que con ella se juzgue perjudicado, porque no tiene otro medio de compensación. En cambio, en el pueblo el cliente puede no encontrar tanta ventaja en el panadero de que se sirve como en el otro por lo que se refiera al pan, pero de lo que pierda por este lado podrá compensarse en otra de las relaciones que con aquél tenga. Puede el cliente tener un negocio establecido de que el panadero sea cliente á su vez; puede ser propietario del local en que éste tenga instalada la tahona y, gracias á ello, conseguir tenerle alquilado ó que le produzca mayor renta; puede, en otro orden de cosas, contribuir, con su consumo, á mantener, frente ó junto á su casa, la obligada

vigilancia de un honrado industrial, precisado á permanecer allí el día entero y parte de la noche, con su tienda abierta, particular, en algunos de los pueblos, muy digno de tener en cuenta; puede, en suma, obtener compensaciones por un sinnúmero de coincidencias variadísimas, que ocurren, cuando menos se piensa y son frecuentes en lugares de corto vecindario, porque la escasez de sus habitantes hace que se estén necesitando, constantemente, los unos á los otros, pero rarísimas en centros populosos, donde hay tantos de quienes echar mano para toda clase de servicios que ocurran. Y lo mismo que entre el panadero y su cliente ocurre entre el carpintero, el herrero, el comerciante, en una palabra, entre todos los que puedan satisfacer alguna de las necesidades y sus parroquianos.

Esto explica que, á veces, en un asunto determinado no se apuren entre los vecinos de los pueblos las exigencias y que se presente uno de los contratantes gene-

roso ante la perspectiva de la ocasión, que espera, de cobrarse, con creces, de su anterior y calculado desprendimiento; pero cuando ésta llega es insaciable en sus exigencias.

De aquí viene, también, la continuidad indefinida de las relaciones establecidas entre los habitantes de un pueblo y esta costumbre de respetarlas trae consigo que se queje del que las rompa el que con la ruptura salga perjudicado, aunque el otro sea muy dueño y tenga fundadas razones para hacerlo así, porque tiene tal fuerza la costumbre que hasta los favores, sean en metálico ó en cualquier clase de prestaciones, en cuanto se hacen periódicos se consideran obligaciones por el favorecido, quien, con la mejor fe, atribuye, tan serio, cierto carácter de legitimidad á su exigencia de que continúen dispensándosele indefinidamente las mercedes que, en épocas ó fechas fijas, ha venido recibiendo.

Fuera de los casos en que la compen-

sación pretendida dé lugar á la interesada generosidad de que hemos hablado la ley económica de la oferta y la demanda la entienden en los pueblos á su modo, exagerándola hasta desnaturalizarla y hacerla imposible. Si alguien quiere vender cualquier objeto basta que se le ofrezca á un convecino para que éste pretenda que se le tenga que ceder casi de balde y, al contrario, que se le pida para que exija por él doble de su valor ó más y es costumbre dar el digno remate á tal modo de proceder con esta imprescindible y sarcástica muletilla: «con usted no quiero reparar», «por ser á usted se lo pago ó se lo vendo en ese precio», no conformándose con estrujar al que llaman amigo, sino tratándole, además, de tonto. Y lo mismo que en esto ocurre en todos los demás casos de la vida.

En lo expuesto se ve la razón de que la lucha por la vida adquiera un carácter en los pueblos y en las ciudades otro.

Y no decimos que los habitantes de

los primeros sean peores; las circunstancias les van llevando á luchar en la forma que lo hacen. Pero el resultado es que para el que prefiera el encuentro aislado á esta lucha continuada el medio ambiente más propicio es una población y el que se complazca en pasarse la vida disputándose con su convecino el palmo de terreno que separa las propiedades de ambos y que para nada sirve á ninguno de los dos, ese ó nadie está llamado á no salir de su pueblecito.

ESCENAS VIOLENTAS

Las escenas violentas constituyen un gran sacrificio que la mayor parte de las veces podemos evitarnos defendiendo con la misma energía y eficacia la causa que sostengamos ó la satisfacción que nos disputemos. Diré más: las escenas violentas no sólo no ayudan, sino que estorban á conseguir la victoria, además de lo que, moralmente, nos perjudican, haciéndonos,

también, perder, en el terreno económico, casi siempre. Y la razón es clara. El adversario que lucha á sangre fría lleva ventaja incomparable sobre el que lo hace excitado, fuera de sí. El primero, empezando por ahorrarse del todo ó economizarse gran parte del sacrificio moral, mira serenamente á todos lados y ve el modo de sacar el mayor partido posible en la contienda; mientras el segundo, alterado, descompuesto, abandona, sin notarlo, la causa que se está ventilando y que ha motivado su enojo por entregarse á éste, buscando y encontrando, con ello, por añadidura, nuevos sinsabores.

Además el que se deja llevar de su genio fuerte pierde por todas partes. Los que se le aguantan por algo lo hacen. No hay que hacerse ilusiones. En las mismas condiciones, á igual utilidad, no sufrirían sus ímpetus, se entenderían con otro que no los tuviera y harían perfectamente. Si los sufren es porque se los hacen pagar caros por otro lado.

Nada desconcierta tanto al contrario como el dominio de uno sobre sí mismo. Venimos sorprendiendo en un amigo ó dependiente ciertos detalles que indican menos adhesión hacia nosotros de la que nos creemos con derecho á merecerle. Son nimiedades, sin ninguna importancia en sí, sino en lo que significan, que se nos van presentando tan repetidamente y con tan marcada identidad de tendencia que, sin que podamos remediarlo, nos hace pensar ó decir, cada una de ellas: «que aprovechadito es, siempre barre hacia dentro» revelándonos un modo de ser que no nos agrada, pero sin ofrecernos base sólida para llamarle al orden. Después de llevar, callados, sufriendo, mucho tiempo, á la persona que obra así la pescamos en un renuncio, no tampoco de gran importancia, pero sobre el que es conveniente llamarle la atención. Entonces es cuando más peligro tenemos de perder los estribos y cuando el estar sobre nosotros mismos ha de sernos más útil.

En la tensión en que su conducta nos tenía sólo faltaba esto que acabamos de ver para hacernos saltar. Reñimos con él, alborotamos, nos descomponemos. ¿Qué hemos conseguido? En primer lugar un mal rato mayúsculo, que á nadie sirve de gusto, pero que á ciertas naturalezas, especialmente, hace mucho daño. Luego, como nuestra momentánea irascibilidad nos ha llevado hasta extralimitarnos y faltar, también, dando á la cosa más importancia de la debida é imponiendo el injusto castigo de fuertes improperios al que sólo merecía una reprensión moderada, acabamos dando á éste, en una ú otra forma, una satisfacción que anula todo lo que nos proponemos. Si es un amigo, en cuanto se nos pasa ese acceso de enojo se inicia en nosotros la necesidad de persuadirle de que lo que nos ha sacado de nuestras casillas no ha sido el interés, sino el sentimiento que su falta de correspondencia á nuestro afecto nos ha producido, nos da él las debidas explicaciones sobre

su proceder y las razones porque entiende no nos ha perjudicado obrando así, terminadas con un dulce reproche de que hayamos podido imaginárnosle capaz de hacerlo nunca y con nuevas protestas de su sincera amistad, que, aprovechando la ocasión, nos hace y acabamos, sino convencidos del todo de cuanto nos dice, sí persuadidos de que la cosa no merecía que la tomásemos con tanto calor, siendo, muchas veces ó casi siempre, el resultado de todo ello que, para demostrarle, prácticamente, nuestra generosidad, ya que él de la suya, siquiera verbalmente, tanto alardea, retiremos el rigor con que en nuestra indignación pensábamos regular nuestras relaciones con él, dejando en pie abusos, que, no con una actitud tan acre, sino con mesurada reprensión, hecha desde un justo medio, hubiéramos corregido. Si es un dependiente, á nuestra excitación sucede, también, una reacción en sentido opuesto, que no sólo nos hace ver la crueldad con que le hemos tratado y el abuso de

autoridad á que nuestro acceso de cólera nos ha conducido, sino que nos le exagera, sacude los sentimientos elevados de nuestra alma, que, movidos, además, por la compasión, extremamos ahora, como un momento antes extremábamos nuestra dureza y el fin de todo es darle, como compensación, por lo que le hemos ofendido y por creernos en la necesidad de patentizarle que no somos tacaños, ventajas que á nosotros nos cuestan y á él aprovechan bastante más que todo lo que conseguía «barriendo hacia dentro».

Es decir: que, en uno y otro caso, á la irascibilidad sucede la condescendencia, con merma de la autoridad en quien se opera esta transformación y aumento de los abusos tolerados.

Esto es lo que los arranques violentos dan de sí. Pero, si, previniéndonos contra ellos, les cerramos la puerta, haciendo especial estudio de rechazarlos antes que nos dominen y adoptamos una justa actitud, que, con la medida de la severidad

en el continente y la sobriedad en la reprimenda, nos revista de esa dignidad que confunde al que delinque como no lo hacen las más descompasadas voces, ni los más descompuestos ademanes, este se rendirá, sin valor para resistirse contra la fuerza que da la templanza unida á la razón. Es el medio más eficaz, sino el único, de corregir el poco delicado modo de obrar y no sólo los abusos sorprendidos sino otros varios que pudiera estar cometiendo el amonestado, haciéndole ver la posibilidad de que estamos apercebidos de muchas cosas de que nos repugna tratar, por ser enemigos de extremar minucias enojosas.

Todo esto patentiza, una vez más, lo acordes que la Moral y La Vida práctica van en todo y que lo que manda ó prohíbe aquélla se encuentra por ésta recompensado ó castigado. Reprimir los instintos iracundos, tratar á nuestros semejantes con consideración, guardándoles todas las debidas, no tirar de la cuerda demasiado,

sino armonizar los intereses de todos con las prudentes concesiones posibles, huir de ademanes violentos, cuando sea preciso amonestar, lo aconseja la ley moral y lo recompensa La Vida práctica, moral y materialmente, como hemos visto. Y es indudable que, si, en estas luchas sociales, que tanto conmueven en estos tiempos y amenazan con acabar desquiciando lo mismo nuestra nación que el mundo entero, con la fecunda y malsana semilla de odios y rencores y suspicacias que entre los contendientes van sembrando, se condujeran éstos como hombres prácticos se suavizarían tanto aquéllas, perderían de tal modo su carácter que en nada se parecerían á lo que son hoy. Amar á nuestros semejantes es un deber nos dice la ley moral. Amarlos y tratarlos con consideración está en nuestro propio interés y es preciso hacerlo, hasta por egoísmo, nos hace ver La Vida práctica.

FALTA DE CARÁCTER

Así como hay personas de quienes ordinariamente se dice que tienen cara dura, hay otras que son el polo opuesto. Aquéllas, con la mayor tranquilidad del mundo, sin inmutarse lo más mínimo, descienden á pormenores de tan poca monta que á cualquier otro molestaría hablar de ellos; mientras que éstas dejan pasar lo intolerable, porque les cuesta lo indecible amonestar, aunque sea cargadas de razón. Y no se crea que son las más refractarias á promover las escenas violentas de que hemos hablado. Al contrario: esta falta de carácter, esta irresolución viene, casi siempre, acompañada de aquella propensión á lo violento. Y es que los extremos se tocan y las exageraciones son siempre perjudiciales. Estos hombres de que aquí tratamos en el desenvolvimiento normal de su vida de relación carecen de la energía necesaria

para soportar toda tirantez; cualquier roce con sus semejantes les hiere, les hace daño. Por eso, como en su estado normal no son capaces de luchar, no encuentran medios para defender lo que otro les disputa ó para reparar, pacíficamente, la ofensa de que se queja su susceptibilidad, tienen que buscarlos fuera de sí, en un estado anormal, en una excitabilidad á que les lleva su misma debilidad de carácter.

El falto de carácter debe estar tan sobre sí para sostener esa lucha cotidiana á que las circunstancias de la vida nos están constantemente provocando, sin abandonarse á condescendencias perjudiciales y complacencias exageradas, como el de carácter violento para no entregarse á sus arrebatos. Uno y otro tienen muchos puntos de contacto y, muchas veces, no son más que formas conque aparece, en cada momento, un mismo carácter. Y, así como hemos visto que el que se extralimita en su irascibilidad acaba, por fin, haciendo más concesiones de las debidas,

del mismo modo el que, dominado por su debilidad de carácter, se abandona á la placidez de ceder en todo, huyendo hasta de la desagradable contracción que á la cara de su interlocutor pueda imprimir un gesto de disgusto, acaba, también, en cuanto se da cuenta de su necia sumisión, saliéndose de quicio.

CARACTERES AGRESIVOS

Otra de las cosas que acarrea no pocos ni pequeños disgustos, sin conducir á ningún resultado apetecible, son las divagaciones en la discusión de los asuntos que se ventilan, que acaban, muchas veces, degenerando en agresiones de palabra, más ó menos marcadas y en algunos casos ofensivas, según el carácter y la educación de los contendientes y el estado á que la polémica sostenida les ha llevado. En la discusión de un asunto, cuando las partes van de buena fe, el llegar á entenderse, depende, en la mayor parte

de los casos, de ceñirse á la cuestión, sin perder el tiempo en esos dimes y diretes tan á propósito para malograr un buen resultado.

Si llegamos á ponernos de acuerdo sobre el punto discutido, á ultimar lo convenido, que, aunque las demás cosas sean así ó del otro modo, lo mismo da y el empeñarnos en que nuestro contendiente ha de ver aun lo ajeno á la contienda como nosotros solo puede dar por resultado un acaloramiento en la argumentación, que, marcando la disparidad de nuestros criterios en lo que nada importa, acabe por un afán insano de contradicción, que nos aleje en lo único que nos interesaba y estábamos acordes.

Y, si, para llegar á entendernos, es precisa alguna discusión, hay que tener especial cuidado en separar las personas de las cosas, huyendo de tocar historias pasadas cuya alusión pueda herir lo más mínimo. Nada de dejar á nuestro interlocutor en lugar molesto; nada de interpre-

tar sus intenciones, ni sus actos en sentido desfavorable para él; nada de suscitar antiguas rencillas, ni intempestivas relaciones. Al grano; á lo que se ventila. Que, en cuanto se pretende mezclar lo pasado con lo presente y las personas con las cosas, es muy expuesto que se inicie esa comezón agresiva que eche por tierra los buenos resultados que estábamos á punto de tocar, regalándonos, encima, sin sabores, que sólo á fuerza de ese empeño agresivo pudiéramos haber conseguido.

IMPRESIONES PENOSAS NACIDAS DEL AFECTO

La pérdida de una afección, por muerte de la persona con quien nos unía ó por el desengaño de ver que no nos la profesa en la medida que suponíamos, nos produce, en el orden moral, un dolor, una pena, siendo diferente el modo de obrar á que debemos acomodarnos para la reducción de los sacrificios que representa se-

gún que tenga su origen en causas naturales, independientes de la voluntad del hombre, como sucede en el primer caso ó en actos humanos, como ocurre en el segundo.

IMPRESIONES PENOSAS ORIGINADAS
POR CAUSAS INDEPENDIENTES
DE LA VOLUNTAD HUMANA

En esta clase de impresiones se debe dejar al corazón que siga su natural impulso, sin excitar su sensibilidad, pero sin impedirle, tampoco, su desahogo necesario.

Ocurre la muerte de una de las personas de nuestro principal afecto, produciéndonos esa cruel impresión á nada comparable y de la que sólo hasta que la experiencia nos da á gustar su amargor podemos formar cabal idea. Tan necesaria es esta impresión, tan delicado este sentimiento, que dignifica al hombre, le eleva y prueba clara de ello es que á personas que no nos merecían grandes consideraciones les tributamos un respeto es-



pecial cuando, entregadas al dolor, las contemplamos cumpliendo sus deberes de afecto y otras, á quienes, por el contrario, teníamos en gran estima, la frialdad que, en tales ocasiones, observamos en ellas las hace caer del pedestal en que se encontraban, ante nuestros ojos.

Por eso, en esta clase de males, es preciso dejar al sentimiento que, como elemento de la naturaleza humana, cumpla la misión que Dios le ha encomendado, sin violentarle, desviándole de ella, en uno ni otro sentido. ¿Nos lleva á la contemplación de los objetos que siempre acompañaban á la persona que se nos fué para no volver, por la necesidad de avivar, una vez más, su recuerdo, en esa tristeza consoladora que su imagen nos trae? Pues complazcámosle; que así como los males físicos se alivian cuando, por medio de revulsivos, se les llama fuera, los dolores del alma se mitigan cuando el desahogo les obliga á que se exterioricen.

Pero no pongamos, tampoco, empeño,

más bien que en exagerar, en viciar, dicho más propiamente, la pena sentida, como hacen algunos, que, imaginándosela á su modo y antojándoseles incompatible hasta con el cuidado de su salud y toda clase de deberes, la hacen consistir en un absoluto encierro y estéril incomunicación, de que hacen alarde, con ridícula monomanía.

IMPRESIONES PENOSAS PROCEDENTES DE ACTOS HUMANOS

En estas debemos, por el contrario que en las anteriores, huir de todo lo desagradable que podamos evitar, siempre que el obrar así no nos acarree un mal mayor que los sinsabores de que nos libre y, aunque el sentimiento, como elemento esencial de la naturaleza humana é independiente de nuestra voluntad, no puede ser anulado por ésta, puede, muy bien, estar contenido por la fuerza que la voluntad y la reflexión unidas dan al hom-

bre, como contrapeso necesario de sus afectos.

Fuera del tiempo preciso para estudiar y poner en práctica nuestras resoluciones en estos asuntos desagradables procuremos alejarlos de nuestro pensamiento. Hay, sobre todo, ratos de una inoportunidad especial para acordarse de ellos. En esos en que, á media noche, nos despertamos, debemos redoblar nuestras precauciones para cerrarles la entrada. Para ciertas enfermedades de carácter moral recomiendan los colores claros en los aposentos de los pacientes, por la depresión que en su ánimo causa lo oscuro. No tenemos más que fijarnos en la preocupación y el apuro que, entre las tinieblas de la habitación, nos causan, en esas noches de vigilia, ahuyentando nuestro sueño y teniéndonos, durante ellas enteras, revolviéndonos en la cama, puerilidades que sólo la claridad del día es bastante á desvanecer. Como consiga una impresión desagradable que la prestemos un poco

de atención ya tiene el hueco necesario para entrar y laberinto suficiente intrincado en la oscuridad para esconderse lo preciso á que no podamos ahuyentarla. De día, la variedad de objetos que con la vista vamos recorriendo despiertan en nosotros nuevas impresiones, que, según se van sucediendo, se destruyen las unas á las otras y, en las tinieblas de la noche, nos falta, también, esta defensa.

Pero lo que no es imposible es cerrar la puerta á todo lo desagradable que aparezca pidiendo entrada en nuestro pensamiento ó en nuestro corazón. Haciendo un estudio especial de la forma en que la impresión que en las actuales circunstancias amenaza acostumbra á presentarse, recuerdos con que suele venir acompañada, otros á los que por la relación que tiene con ellos se puede unir, detalles que han precedido ó continuado al asunto que la motivó y repeliendo, con un supremo esfuerzo de voluntad, á cualquiera de todos estos aliados, habremos conseguido,

más de una vez, hacerla huir y, si agregamos á esto las ventajas que nos dé la costumbre contraída de obrar en tal sentido, podemos asegurar que lo conseguiremos casi siempre.

Durante la comida no debemos, tampoco, ocuparnos de nada odioso. Si somos gastrónomos el mejor vermohut es la satisfacción moral y los entremeses más exquisitos los recuerdos é ideas placenteras. Si, por el contrario, damos poca importancia á la comida, las tristes reflexiones en que nos abismemos nos harán hasta prescindir de aquélla, privándonos, así, de un placer, con los inconvenientes que la inapetencia, de este modo provocada, representa para la salud, por añadidura.

ASUNTOS ENTRE ÍNTIMOS. SUS INCONVENIENTES

La pena que produce la falta de correspondencia, verdadera ó supuesta, al afecto profesado es lo que imprime el ca-

rácter enojoso que algunos asuntos habidos entre íntimos presentan.

Con un desconocido nuestro cometido se reduce á llevar el asunto á feliz término, dentro de la corrección y la dignidad; con un allegado es preciso hacer resaltar la delicadeza á que debemos ajustar todos nuestros actos, poniendo de relieve nuestro desinterés. En un extraño encontraríamos natural un proceder que en persona con quien estuviéramos ligados por vínculos de afecto nos heriría. En aquél sólo pedimos y podemos pedir honradez y formalidad; en éste exigimos cariño, como debida correspondencia al que le profesamos. Con el primero, en cuanto ultimamos el asunto que motivó nuestras relaciones, cesan éstas, sin que, acaso, volvamos á vernos más; con el segundo hemos de continuar tratándonos. Con el uno, al perder más de lo que debemos, exagerando nuestra generosidad, no es probable que encontremos la proporcionada satisfacción moral, por la dificultad

de volverle á encontrar en nuestro camino; el otro lo natural es que pueda pagarnos, con creces, en afecto y consideración, aquello en que nos excedamos. Ciertas precauciones significarían allá prudencia y acá desconfianza. Determinados cálculos y especiales pormenores producirían un efecto excelente en el comercio y tan malo entre relaciones cordiales que no tendría nombre.

Al incumplimiento de estos deberes, por parte de uno de los íntimos, es correlativo, por parte del otro, el desengaño. Nos sorprende que con esa frialdad sea correspondido nuestro cariño y con esas miras interesadas nuestro desprendimiento; contrastamos nuestro digno proceder con el de nuestro amigo ó allegado, cuyo resultado es una decepción, que nos hace verle ya de otra manera, hasta el punto de interpretar de diferente modo que lo habíamos hecho actos suyos pasados, realizados años ha, condenando, sin haber visto nada nuevo que á ellos se refiera,

algunos que teníamos sancionados de entonces, en virtud de la diferente interpretación que les damos, lógicamente hasta cierto punto, porque, habiendo cambiado, á nuestro juicio, el modo de ser del que acaba de herirnos, natural es que cambien, también, á nuestros ojos, los móviles á impulso de los cuales se movía y acabamos, como siempre que el sentimiento, favorable ó adversamente, se desborda rebasando sus límites, dejándonos arrastrar por él, extremando, en nuestras recriminaciones, el rigor, como, hasta este momento, habíamos extremado nuestra benevolencia.

Esto origina, en nuestro modo de obrar, un cambio de que nuestro íntimo se queja á su vez. Y la razón estará de su parte ó de la nuestra; pero, seamos cualquiera de los dos quien la tengamos, lo cierto es que los papeles resultan recíprocamente invertidos en el juicio que uno y otro hemos formado de nuestro comportamiento

y que, por consiguiente, la inteligencia es imposible ya.

El sentimiento acentúa de un modo especialísimo la parte agradable ó penosa de las impresiones y esta es la razón de que los asuntos entre íntimos las ofrezcan muy suaves, en unos casos y muy violentas, en otros, siendo raro ese término medio, esa moderación, esa parsimonia en que se mueve todo lo que encomienda su dirección á la cabeza.

Los asuntos entre extraños están exentos de los peligros apuntados. El trabajo de los que en ellos toman parte se reduce á demostrarse recíprocamente que, en una ú otra forma, lo que se da compensa lo que se recibe. Todos los cálculos que se giran tienden á esto, en último término.

Es decir: que en los asuntos entre extraños sólo pedimos la ganancia material que nos hemos prometido; en los habidos entre íntimos exigimos, además, un cariño que llegue hasta este punto ó el de más allá, acreditado por tal ó cual comportamiento.

O, en otros términos: en los primeros sólo toma parte la inteligencia; pero en los segundos interviene, también, el sentimiento.

Por esto y sin que queramos dar la preferencia á los extraños sobre los propios para entendernos con unos ó con otros cuando las necesidades de la vida nos demanden un asociado, lo que decimos es que, llegado este caso, si el modo de entender y de sentir de nuestro íntimo es compatible con el nuestro bien que nos acordemos de él, pero, no siendo así, librémonos de ello, no por desafección hacia los nuestros, sino, al contrario, porque cuanto más cariño les profesemos más abominaremos del malhadado asunto del orden económico que ha destruído esos tiernos lazos, que, á nuestro modo de ver, estaban tan por encima de las mezquindades de la vida, aplicando el filo del desengaño y cortando por el tronco esa encantadora sencillez que nos hacía vivir entre las más hermosas ilusiones.

EL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD
REGULA EL SENTIMIENTO, EVITANDO,
CON ELLO, MUCHAS IMPRESIONES
PENOSAS

Hay en la vida trances apurados, de naturaleza diversa, más ó menos importantes, de que es, unas veces, imposible y, otras, muy difícil salir airoso sin ayuda ajena. Quien en ellos se encuentra repasa en su memoria los íntimos con quienes se le va ocurriendo pueda contar, mide la adhesión que le parece profesarle cada uno de ellos, los medios de servirle con que cuentan, los sacrificios que represente el atenderle, por su diversa posición social, la obligación que tienen de hacerlo, por deberle ayudas análogas ó favores de otra clase que en otras ocasiones les tiene prestados y muy raro es que no acabe encontrando alguno que le esté del todo y por todos conceptos obligado. Acude á él, le pinta su situación, como es ó como le

parece ó le conviene para hacerle más fuerza, según la sinceridad del necesitado, formula su petición y es desatendido.

Entonces pone el grito en el cielo. Aquel en cuyo cariño tenía fe tan ciega, aquel por quien el peticionario estaba dispuesto á dar la sangre de sus venas, indiferente á su desgracia, le vuelve la espalda, dejándole entre las astas del toro. Ni le quiere, ni ha podido quererle nunca el que se conduce con él de esa manera. Este desengaño le llega al alma.

Pero veamos, serenamente, lo que, en realidad, ha sucedido. El cariño que este allegado tenía al que solicitando su ayuda se ha dirigido á él era real, verdadero, de cierta intensidad, capaz de responder á tales pruebas á costa de cuales sacrificios, dispuesto á llegar hasta este punto ó aquel otro. Pero, falseando la realidad, el sentimiento ha borrado los límites de esa afeción, haciendo ver al necesitado en su pariente casi á su padre ó á su padre mismo y autorizando en él exigencias ri-

dículas, que si no fueran hijas de una candidez admirable lo serían de loco egoísmo, á las que sólo podía el otro atender faltando á sus obligaciones y privándose á sí propio y quitando á su familia lo que su insensata prodigalidad le hiciera sacrificar en aras de un parentesco mal entendido é incompatible con sus deberes.

Si, en lugar de esto y de tronar, después, renegando en absoluto de este parentesco y prometiendo no fiar ya de él nada en adelante, se hubiera colocado dentro de la realidad el que á tan insensatas pretensiones se atrevió, regulando los derechos y deberes de ese vínculo, viéndoles tales como son, sin dejar que el sentimiento, excitado por la propia conveniencia, los exagere, en las ocasiones en que le hiciera falta un servicio ó una cantidad que, razonablemente, sin menoscabo de su patrimonio, ni desatención de sus obligaciones, pudiera proporcionarle su allegado, lo solicitaría; pero se guardaría muy bien de pedirle lo que no puede

darle, evitándose, con ello, los sinsabores que la decepción, sufrida en otro caso, le produjera.

Y adviértase que el conocimiento de la realidad en nada se parece á ese frío escepticismo destructor de las más gratas ilusiones, ni es incompatible con la fe en los afectos del parentesco. Al contrario: el conocimiento de la realidad empieza reconociendo estos afectos, les gradúa, les precisa, ve hasta donde deben llegar por su naturaleza, sin dudar de su eficacia dentro de su medida. Y nótese, también, que al regular el conocimiento de la realidad la medida en que nuestro pariente debe favorecernos y el juzgarle capaz de darnos esto, que su posición le permite, pero dispuesto á negarnos aquello, que sus obligaciones le vedan, lejos de constituir para él ninguna ofensa, es una sanción de su dignidad, pues no está la delicadeza del sentimiento, ni la bondad del corazón en arruinar á sus hijos por no

saber negar lo que éstos necesitan á un allegado, sino en ayudar á éste en todo cuanto se pueda, sin traspasar el límite que sus obligaciones de familia le señalen.

EPÍLOGO

Hemos visto que La Vida práctica, dentro de las especiales circunstancias en que cada uno se encuentra colocado, enseña á conseguir el mayor grado posible de felicidad y el procedimiento que emplea para ello. Va indicando el modo de proporcionarse todas las satisfacciones accesibles en que asentar el reposo que ha de constituirla. Como las satisfacciones consisten en la consecución de bienes y en la fuga de males, nos dice el modo á que cada determinada persona debe acomodar sus actos para proporcionarse cuantos bienes de todos los órdenes — dando al moral la preferencia—estén á su alcance y evitarse todos los males de que pueda huir. Y, tomando como metro nuestro modo de ser, nos da el valor exacto de unos y otros.

Los bienes accesibles á cada uno son limitados, como lo son también los males de que le es dable huir, pues no de todos es posible librarse. Pero con el reposo sucede lo contrario, porque lo que le ahuyenta son nuestras aspiraciones, que radican, no en las cosas, sino en nosotros mismos y, por virtud de la voluntad y de la reflexión, podemos modificar nuestro modo de ser, actuar sobre nosotros mismos, reduciendo nuestras pretensiones hasta que quepan dentro de lo que la realidad pueda darnos y, sobrios en nuestros deseos, cerrar el corazón á nuevas ansias que den al traste con el reposo susceptible de asentar sobre las satisfacciones conseguidas. Este es si bien se mira el secreto, la clave, el arma que posee el hombre de buen conformar: la traza que se da para afirmar el reposo sobre pocos bienes; el ambicioso, en cambio, prácticamente hablando, es un desmañado que no acierta á fijarle sobre bienes sin cuento.

Y, así como el fijar la vista en otros

más favorecidos por la suerte es el mayor estimulante de la ambición, el volver los ojos hacia los más desdichados es lo que más ayuda á ser resignado. En el mundo todo es relativo y, por eso, no hay nada que nos persuada mejor de la bondad de nuestra situación que la contemplación de otras peores. Después de tomar un helado el agua fría parece caliente. Agua dulce llama la gente de mar á la que no es salada. Habituada la vista á la contemplación de cosas pequeñas en cuanto distingue otra mayor la encuentra grande. Viendo á un enfermo desahuciado tendremos por envidiable un achacoso estado de salud que nos permita vivir entre continuos cuidados. Fijaos en una de esas buhardillas que tanto abundan en las grandes ciudades donde la miseria ha sentado sus reales hacinando en el suelo del inmundo tugurio en que no cabe á una familia que amenaza matar de inanición y con vuestros escasos medios de fortuna os consideraréis unos crasos. Que os cuenten el

mal comportamiento de unos jóvenes que se encuentran en la misma posición que vuestros hijos y, sin que la conducta de éstos sea más que una de tantas, se os antojará modelo.

Pues, si todo en este mundo es relativo, si los conceptos que tenemos de las cosas y de nosotros mismos nos los sugiere la comparación, en lugar de abandonarnos á envidiar á los que creemos en mejores condiciones que la nuestra—que, muchas veces, contra nuestro parecer no lo estarán—acordémonos de compadecer á esos otros que tanto vemos sufrir, que, aparte de lo grato que ha de sernos el ayudarles, llevándoles el socorro y consuelo que podamos, la contemplación de la carencia de satisfacciones á su lado realzará más á nuestra vista las que nosotros disfrutemos y, agrandando éstas por la comparación, nos será más fácil afianzar sobre ellas el reposo, que el inhábil ambicioso nunca alcanzará, mientras no aprenda á cerrar los oídos al insensato eco que, re-

sonando constantemente en su corazón, le está siempre diciendo: «Quiero más».

Admiro á una persona por la envidiable tranquilidad de que disfruta y la dulce bondad con que trata á todos. Su abnegación, como el resto de sus virtudes, es verdaderamente sólida sin ser aparatosa. Sin que se la vea hacer sacrificios desusados, en su vida cotidiana, con su familia, con sus conocidos, con todo el mundo y sin que tampoco ella misma se dé cuenta, se preocupa más de los otros que de sí propia, en detalles, insignificantes al parecer y por separado, pero que, unidos y mirando bien, constituyen la vida entera. Sin voluntad propia, en nada que no lo merezca pone empeño y á todo se doblega, sin tener que violentarse lo más mínimo para conseguirlo. Resignada, al mismo tiempo que sensible en extremo, paga su tributo á la humana naturaleza como la que más, llorando á las afecciones que se fueron y encontrando en su fiel y delicado sentir el modo de armonizar

su constante amargura con su dulce y paciente carácter.

Y he tenido ocasión de observarla en alguna de esas adversidades que no son para calificar de grandes desgracias pero sí suficientes para tener de mal talante á la mayor parte de los mortales durante largo tiempo y he visto que lo que más la ayuda á ese bondadoso modo de ser es discurrir así: Por de pronto con impacientarme nada consigo, aparte de que lo ocurrido es tan insignificante, al lado de estas otras tantas cosas que hubieran podido sucederme, que no merece ni pensar en ello, si no es para evitarlo y, sobre todo, estoy en la duda de si es un bien esto que me parece adversidad, porque, al privarme de realizar aquéllo, es posible que me haya librado de esta otra desgracia mucho mayor, que, fuera de las circunstancias en que me ha colocado, hubiera podido ocurrirme.

Esta consideración tan sabia como consoladora, sirviendo como de ajustador del

reposo sobre las muchas ó pocas satisfacciones poseídas, es capaz de formar un modo de ser como el que queda bosquejado.

El resolverse de uno ú otro modo cada suceso de nuestra vida nos coloca en esta ó aquella situación, que, á su vez, influye para que, más tarde, acaso cuando menos lo pensemos, nos acontezca tal ó cual otra ventura ó adversidad. Los hechos aislados cuyas consecuencias terminen en sí mismos son los menos y lo que en sí más desgraciado parezca puede ser en sus derivaciones un manantial de dichas. De esto ofrece la práctica repetidos casos á todo el que observe y quiera recordar un poco.

Con licencia eclesiástica.

ACLARACIONES

Página 20, línea 11, dice *convenio*, léase *convecino*.

› 21, › 12, dice *constraste*, léase *con-
traste*.

› 111, › 24, dice *crasos*, léase *cresos*.

ÍNDICE

LA VIDA PRÁCTICA

	<u>Páginas</u>
La Vida práctica	7
Felicidad.	7
Necesidades y deseos.	8
Satisfacciones.	13
Reposo.	14
Equilibrio de las satisfacciones.	15

EL HOMBRE PRÁCTICO

El hombre práctico.	19
-----------------------------	----

LA VIDA PRÁCTICA Y LA LEY MORAL

La Vida práctica y la ley moral.	25
------------------------------------------	----

CARRERA

Carrera.	27
------------------	----

MATRIMONIO

	<u>Páginas</u>
Matrimonio.	35
Edad en que debe contraerse.	35
El corazón y la cabeza.	37
La media naranja.	39
Carácter.	40
Sensibilidad.	41
Inteligencia.	43
Voluntad.	44

LUCHA POR LA VIDA

Lucha por la vida.	47
Condiciones de lucha. Ventajas del débil sobre el fuerte en algunos casos.	48
Cuestiones que comprende la lucha por la vida.	51
Asuntos que merecen la lucha.	51
Ciertas garantías de vencer son necesarias.	52
Afán de negocios.	52
La ambición y el optimismo.	54
Afán de recuperar lo perdido.	59
Que la satisfacción esperada sea marcada- mente mayor que el sacrificio impuesto. Cómo hemos de medir aquélla y éste.	60
Modo de conducirse en la lucha.	63

Páginas

El encuentro aislado y la lucha cotidiana. 64

La clase de lucha con que debemos defender nuestra existencia está indicada por nuestro propio carácter 69

Cómo es la lucha en los pueblos y cómo en las poblaciones. 75

Escenas violentas. 80

Falta de carácter. 88

Caracteres agresivos. 90

Impresiones penosas nacidas del afecto. . . 92

Impresiones penosas originadas por causas independientes de la voluntad humana. . . 95

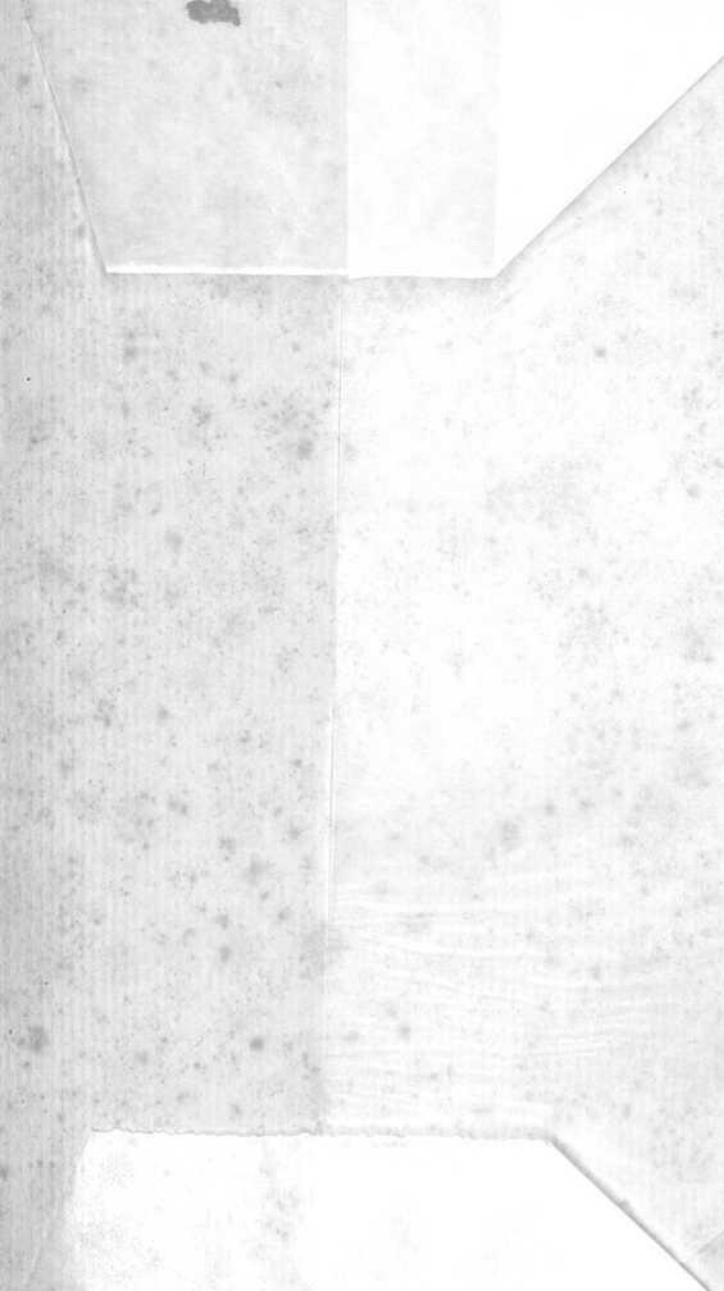
Impresiones penosas procedentes de actos humanos. 95

Asuntos entre íntimos. Sus inconvenientes. . 98

El conocimiento de la realidad regula el sentimiento, evitando, con ello, muchas impresiones penosas. 104

EPÍLOGO

Epílogo. 109



Precio: 1,50 pesetas

43875